

Derechos humanos y delitos de estado: la cultura de la negación

Stanley Cohen*

“Aún en medio de los más grotescos delitos estatales, como el genocidio, existen extraordinarias historias humanas de coraje, salvamento y resistencia”

Sería absurdo decir que la criminología occidental, durante las últimas décadas, ha ignorado completamente el tema de los delitos estatales o el más amplio discurso de los derechos humanos. El tema ha sido desarrollado con frecuencia aunque después sus implicaciones han sido convenientemente reprimidas. Este proceso es curiosamente reminiscente a mi interés sustancial por la sociología de la negación: la información se conoce pero sus implicaciones no son reconocidas.

El primer acercamiento significativo con este tema se dio con la primera fase de la criminología radical a finales de los 60. El debate favorito de entonces —¿quiénes son los *verdaderos* delincuentes?— naturalmente giró su atención de los delitos en las calles a los delitos de cuello blanco/delitos corporativos y posteriormente a la noción más amplia de “delitos de los poderosos”. El contexto particular de la Guerra de Vietnam dirigía nuestras consignas (“!Hey, hey LBJ! How many kids have you killed today?”)¹ explícitamente en la dirección de los “delitos de Estado”.

Dentro de la criminología, este pensamiento era expresado en el multitudinado texto de los Schwendingers² titulado “¿Defensores del orden o

guardianes de los derechos humanos?”. Viendo este texto en retrospectiva, se presenta como una oportunidad perdida para tratar los temas cruciales presentes en el delito estatal.

Muy acertadamente, los Schwendingers se encaminaron hacia la misma dirección que Sutherland, aunque un paso más allá, al invocar el criterio de *herida social* para definir el delito. En el caso del delito de cuello blanco, éste nos permite rebasar la ley penal, abarcando las áreas de la ley civil y administrativa. Los Schwendingers notaron posteriormente que si Sutherland hubiera utilizado consistentemente lo que ellos llamaban, acertadamente, su categorización “ética”, en lugar de la legal, él también hubiera concluido que existen otras acciones socialmente dañinas que no son definidas como violaciones, ya sea la ley penal o la civil. Ciertamente, pero este argumento se volvió inconsistente.

En primer lugar, ellos citan como ejemplos de otras acciones socialmente dañinas (sus únicos ejemplos) “el genocidio y la explotación económica”. Ahora bien, además del hecho de que estas categorías son apenas comparables moralmente, el genocidio es crucialmente diferente de la explotación económica. Aquél es reconocido en el actual discurso político como un delito del Estado; es claramente ilegal ante las leyes estatales internas; y desde los Juicios de



Figura en el estudio IV

Nuremberg y la Convención en Contra del Genocidio de la ONU de 1948, es un "delito" de acuerdo a la ley internacional. El genocidio pertenece al mismo universo conceptual que los "crímenes de guerra" y los "delitos contra la humanidad". Ante cualquier criterio conocido, el genocidio es evidentemente más delictivo que la explotación económica.

Los Schwendingers no hacen tales distinciones ni tratan de establecer la criminalidad de las violaciones a los derechos humanos. En cambio se lanzan a una cruzada moral en contra de la guerra imperialista, el racismo, el sexismo y la explotación económica. Podríamos estar de acuerdo con su ideología e incluso podríamos usar el término "delito" retóricamente para describir el racismo, el sexismo y la explotación económica. De hecho, este tipo de retórica de los 60 influyó en las actuales generaciones de "derechos sociales".

Sin embargo, un uso más restringido y literal del concepto "delito estatal", es más sostenible y a la vez más útil. Si partimos del discurso de los derechos humanos, este concepto cubre lo que es conocido en la jerga (en esta ocasión, no eufemísticamente) como

"graves" violaciones a los derechos humanos —genocidio, asesinatos políticos masivos, terrorismo de Estado, tortura, desapariciones—. Si partimos del discurso de la criminología, estamos hablando sobre ofensas delictivas específicas —homicidio, violación, espionaje, secuestro, lesiones—.

No quiero adentrarme en minucias conceptuales. Baste decir que la extensión de la criminología dentro del terreno de los delitos estatales puede ser justificada en tanto que, en ese tiempo, nuestro objeto de estudio llegó a ser cualquier cosa que simplemente no nos gustara. Veamos que pasó después de esa fase de mediados de los 60 y mediados de los 70 cuando las preguntas sobre los delitos estatales y los derechos humanos fueron puestas en la agenda criminológica por los grupos radicales.

Lo que sucedió con mayor frecuencia fue que la conexión con los derechos humanos se perdió. En el discurso de la criminología crítica, la supuesta conexión entre delito y política tomó dos direcciones diferentes, ambas muy alejadas de la idea del delito estatal.

La primera dirección fue la noción efímera de considerar al delincuente como un actor proto-revolucionario y la extensión de esta idea a todas las formas de desviación. La totalidad de esta iniciativa —conocida como la "politización de la desviación"— fue pronto abandonada y eventualmente denunciada como ingenua, romántica y sentimental. La segunda conexión —que vino a ser la más productiva— fue el acento sobre la criminalización del poder del Estado. Esto condujo a todo un discurso revisionista sobre la sociología del derecho, el control social y el castigo que habían permanecido hasta entonces, demasiado sobresalientes y poderosos.

Pero ninguna de estas dos direcciones condujo a algo cercano que llevara a hablar de delitos estatales. El tema simplemente desapareció de la vista criminológica desde mediados de los 70 y hasta mediados de los 80. En esta época surgió la criminología realista de izquierda, así que tuvimos que movernos completamente y regresar de "los delitos de Estado" al "estado de los delitos". Hoy, el tema ha reaparecido desde dos vertientes, una *externa* a la disciplina, y la otra *interna*.

La vertiente *externa* es el crecimiento exponencial del movimiento internacional de derechos humanos en sí mismo. Habiendo emergido de la Carta de las Naciones Unidas y de las importantes declaraciones

y convenciones de la siguiente década, el movimiento incluyó organismos gubernamentales internacionales como la UNESCO y el Consejo de Europa, y grupos de presión inexpertos como Amnistía Internacional; llegando hasta la actual y vasta lista de organizaciones no-gubernamentales nacionales e internacionales, con lo que el movimiento de los derechos humanos se ha convertido en una importante fuerza institucional. Impulsado por el uso retórico de los "derechos humanos" de la Administración Carter en Latinoamérica y en su crítica a la Unión Soviética, el ideal de los derechos humanos tomó una vitalidad propia. Convirtiéndose en una religión secular.

Este discurso por supuesto, es muy denso, complejo y contradictorio. "Los derechos humanos" se han convertido en un slogan utilizado por las más extraordinarias y diferentes posiciones. Fuerzas progresistas y organismos como Amnistía, pueden reclutar a estrellas de rock famosas para actuar en defensa de los derechos humanos internacionales. Grupos de presión de derecha en los EU pueden desbanicar políticos y derrotar nominaciones a la Suprema Corte invocando los derechos humanos del feto aún no nacido. Grupos pro libertades civiles defienden la pornografía bajo el argumento de la libertad de expresión, y el movimiento de mujeres combate esta libertad como un atentado en contra de los derechos humanos de las mujeres. Naciones con el más apabullante récord de violencia y terror estatal, pueden auto-situarse junto con otras en la ONU para condenar a otras por sus violaciones a los derechos humanos. Algunos activistas de derechos humanos son reconocidos con el Premio Nobel de la Paz, otros son encarcelados, torturados, han desaparecido o han sido asesinados. Los derechos humanos de un grupo son guardados como sagrados, los derechos de otro ignorados totalmente... y así sucesivamente.

Pero cualquier cosa que el concepto de derechos humanos signifique, se ha convertido en una narrativa dominante. De forma debatible, con la así llamada muerte de las viejas meta-narrativas del marxismo, el liberalismo y la Guerra Fría, los derechos humanos llegarán a ser el lenguaje político normativo del futuro.

No tengo tiempo de adentrarme en estas ambigüedades conceptuales —la diferencia entre derechos civiles y humanos, la relación entre la política y el trabajo de derechos humanos, la tensión

entre universalismo y relativismo cultural—. Tampoco puedo recuperar los numerosos temas de políticas públicas que de ahí se derivan: vigilancia, aplicación y cumplimiento del derecho internacional. Por ejemplo, uno de los temas más sobresalientes para los criminólogos, traído dramáticamente por los horrores actuales en la antigua Yugoslavia, es la reiterada propuesta del establecimiento de un tribunal criminal internacional.

Esta es pues, una de las vertientes —desde afuera—. Los criminólogos, como ciudadanos que leen las noticias, deben estar enterados del problema de las violaciones a los derechos humanos y los delitos de Estado. No se trata de que conozcan sobre esta información sólo si se leen textos criminológicos. Existe, sin embargo, una vertiente *interna* en la que el tema ha sido registrado en la criminología. Esto es, a través del desarrollo de la victimología.

En la literatura victimológica existen muchas repeticiones evidentes de los temas de derechos humanos: ya sea en el debate feminista acerca de las mujeres víctimas de la sexualizada violencia masculina; al hablar sobre los niños o los derechos de los niños; en la preocupación acerca de las víctimas del delito corporativo, del abuso ecológico, etc. Algunos estudiosos³ encuentran estas repeticiones sólo en la victimología "radical" y no en la "conservadora" o la "liberal". La tendencia conservadora está preocupada por las víctimas del delito callejero, promoviendo que los ofensores sean sujetos de escrutinio, promoviendo la autoconfiabilidad y abogando por una justicia retributiva. La tendencia liberal abarca los delitos de cuello blanco, está preocupada por hacer de la víctima "el centro" y aboga por la reparación y la reconciliación. Sólo la tendencia radical abarca a todas las formas de sufrimiento humano y ve a la ley y al sistema de justicia penal como implicados en este sufrimiento.

No obstante, esta distinción entre las tendencias conservadora, liberal y radical, no es siempre clara. Y en el contexto de un tema crucial —qué pasa con los delincuentes estatales, como los torturadores, después de la democratización o de un cambio de régimen— la distinción se resquebraja del todo. En este caso, son los "radicales" quienes invocan el castigo y la justicia retributiva, mientras que son los "conservadores" quienes invocan ideales como la reconciliación, por llamar de alguna forma a la impunidad.



n situaciones tendencialmente democratizadoras la violencia, en el mejor de los casos, puede convertirse en una especie de llamada de atención, y en el peor, en un torbellino que acaba arrasando los eslabones de la vida civilizada"

José Woldenberg

En cualquier caso, estos suministros externos e internos están lentamente haciéndose camino dentro de la criminología. En la corriente dominante [de la criminología], esto puede verse en los típicos libros de texto recientes en los que explícitamente se trata el tema del delito estatal, o se considera la definición de los derechos humanos del delito.

En la corriente radical, se encuentra el libro reciente de Barak⁴ *Crimes By the Capitalist State*. Este autor logra un gran acierto al incluir la criminalidad estatal en el campo de la criminología en dos sentidos, en tanto que las consecuencias de los delitos de Estado son más extensas y destructivas que el delito tradicional y porque esto sería una extensión lógica del ya aceptado movimiento dentro del campo del delito de cuello blanco. El tono general del libro, no obstante, es demasiado reminiscente de los debates de los 60: ideas generales acerca de la discriminación y abuso por parte del poder político y económico, el énfasis exclusivamente sobre el capitalismo y la desproporcionada atención sobre la guerra de baja intensidad mundial por parte de los EU (la CIA, la contra insurgencia, etc.).

A pesar de este interés reciente, prevalecen importantes huecos en el discurso criminológico.

- a) Primero, existe muy poca comprensión de que una de las fuentes de criminalización en los niveles nacional e internacional se origina en la retórica de los derechos humanos. Oleadas significativas de iniciativas morales y criminalizadoras durante la última década, se han desprendido no de la vieja moralidad de la clase media, ni de la ética protestante, ni de los intereses del capitalismo corporativo, sino de movimientos feministas, ecológicos y de derechos humanos. Se supone que una parte importante de la criminología

debe estudiar la forma como se hacen las leyes —criminalización— pero ponemos poca atención a la fuerza motriz que está detrás de muchas leyes nuevas: la demanda de protección ante los "abusos del poder". Las consignas radicales de los 60 se han convertido en un lugar común en cualquier foro gubernamental o intergubernamental. Paralelamente a nuestra investigación típica sobre legislaturas locales y ministerios de justicia, debemos ver qué están haciendo nuestros ministros del exterior —en el Consejo de Europa, en las Naciones Unidas, etc.—

- b) Otro defecto importante en la literatura reciente es su enfoque norteamericano. Esta está preocupada con las "exhibiciones" de la CIA (e.g. corredero de drogas en Vietnam), de los métodos de vigilancia del FBI, de las guerras de drogas globales, del tráfico internacional de armas, etc. Esto desemboca en un cierto etnocentrismo, pero también permite a los temas que se derivan (economía política, globalización, propaganda de Estado, operaciones clandestinas ilegales, contra-inteligencia) ser contrarrestados al ser considerados como "política normal" (al igual que el tema del delito de cuello blanco permitió la negación del "negocio normal"). Para mis propósitos aquí, quiero destacar no la politicidad del tema sino su criminalidad. Para ello, no necesitamos teorías del Estado, sólo necesitamos abrir al azar el más reciente Reporte Anual de Amnistía Internacional.
- c) Si nos hemos perdido de algo acerca de la forma en que se hacen las leyes, hemos ignorado aún más los hechos de la victimización. Una vez más, aquí existe un reconocimiento rutinario de la destrucción, el daño y la violencia que son consecuencias evidentes del delito estatal y otra vez regresamos a los temas más banales. Es como si no quisiéramos enfrentar estos hechos; como si —para anticipar la sustancia de la segunda parte de este artículo— hubiéramos negado sus implicaciones. Estoy consciente de que frases como la de "delitos del siglo veinte" suenan exageradas, pero para vastas poblaciones del mundo, ésta es una caracterización fiel de aquellas "violaciones graves a los derechos humanos": genocidio, asesinatos políticos masivos, desapariciones, tortura, violación por parte de agentes estatales.

Este recuento terrible es conocido pero simultáneamente (como mostraré) no es conocido. Sólo considérense los genocidios y asesinatos políticos masivos: el genocidio turco de al menos un millón de armenios; el holocausto en contra de seis millones de judíos y de cientos de miles de opositores políticos, gitanos y otros; los millones asesinados bajo el régimen de Stalin; las masacres tribales y religiosas en Burundi, Bengala y Paraguay; los asesinatos políticos masivos en Timor del Este y Uganda; el "autogenocidio" en Camboya; la "limpieza étnica" en Bosnia; los escuadrones de la muerte y desapariciones en Argentina, Guatemala y El Salvador. O bien considérese la tortura, una práctica supuestamente erradicada de Europa en los inicios del siglo diecinueve y ahora utilizada rutinariamente en dos tercios del mundo.

Súmense las muertes, heridas y destrucción de todas las fuentes anteriores y compárese esto con los resultados acumulados de homicidios, lesiones, delitos patrimoniales y delitos sexuales incluso de los países con los más altos índices delictivos del mundo, como ejercicio es demasiado tendencioso, demasiado insultante para la inteligencia. Uno no puede medir el sufrimiento humano de esta forma.

Sin embargo, los criminólogos lo hacen, después de todo, de lo que se trata es de hablar sobre la "seriedad" de la ofensa. La literatura típica en esta área —y los debates aliados sobre culpabilidad, daño, responsabilidad y el modelo "sólo lo que merecen"— ya compara el delito callejero con el delito de cuello blanco. Una contribución actual importante⁵ trata de medir exactamente el daño delictivo utilizando un "análisis de patrón de vida". Von Hirsch y su colega han argumentado ingeniosamente que los hechos delictivos pueden ser medidos mediante una complicada escala de "grados de intrusión" de diferentes tipos, para ser aplicada a los intereses protegidos legalmente: integridad física; apoyo material y de esparcimiento; libertad ante la humillación; privacidad y autonomía.

Lo que Von Hirsch llama "intereses" es extremadamente cercano a lo que también son llamados "derechos humanos". Sus ejemplos, sin embargo, provienen sólo del típico terreno criminológico de ciudadanos en contra de ciudadanos. Incluyendo el delito corporativo la lista abarcaría a las organizaciones (de negocios) en contra del ciudadano. Este es ciertamente un interesante y valioso ejer-

cicio. Permite, por ejemplo, la catalogación de la violación forzada por un extraño como muy grave, puesto que esto es un demeritorio y grotesco ataque en contra del interés de la "libertad ante la humillación"; así una violación a punta de pistola viene a ser más seria que un robo armado; la violación mediante cita viene a ser menor en la escala acumulativa, sobre la bases de que la amenaza a la seguridad corporal está eliminada, y así sucesivamente.

No obstante, ni los delitos de Estado ni la aún más amplia categoría de "delito político" son considerados. No existe una razón lógica de por qué la identidad del ofensor debe ser entendida y catalogada como ciudadano contra ciudadano, en lugar de agente estatal contra ciudadano cuando se habla acerca de, digamos, homicidio, lesiones o violación. De hecho, existen buenas razones *morales* de por qué cualquier gradación de seriedad debe tomar esto en consideración, en particular, el hecho de que el propio agente responsable de aplicar la ley es de hecho, el responsable del delito. Y también existe una buena razón *empírica*: que para grandes segmentos de la población del mundo, los agentes estatales (o grupos paramilitares, vigilantes⁶ o terroristas) son los violadores normales de sus "intereses protegidos legalmente".

No es mi interés simplificar las muchas objeciones y obstáculos conceptuales que los criminólogos encontrarán, legítimamente, a mi superficial llamado de incluir el delito estatal en nuestro marco de referencia. La mayoría de tales objeciones pueden agruparse en dos rubros.

En primer lugar, se encuentran los argumentos similares a aquellos utilizados en el campo del delito corporativo en el que el Estado no es un actor y que la responsabilidad delictiva individual no puede ser identificada. En el caso del delito corporativo, esta objeción ha sido refutada con demasiada frecuencia, más recientemente (y en mi opinión convincentemente) por Braithwaite y Fisse.⁷ La corporación se desenvuelve con una conducta racional en busca de objetivos; puede actuar; puede tener intenciones; puede cometer delitos. Esto es tan cierto (aunque de forma más complicada) como lo es para el Estado.

La segunda objeción es que la acción resultante (otra vez, haciendo un paralelo desde Sutherland hacia adelante en el caso del delito corporativo) no es "realmente" un delito. Para este caso, mis



Carrusel barroco

contra-argumentos son complicados y provienen de numerosas y diferentes direcciones: I) un llamado al derecho y a las convenciones internacionales sobre conceptos tales como "crímenes de guerra" o "delitos contra de la humanidad"; II) una demostración de que estos actos son ilegales ante las leyes penales internas y reúnen todos los criterios de un "delito"; III) incluso si los actos en cuestión son legales ante la jurisdicción estatal interna, entonces surge la pregunta de cómo ocurre esta legitimación legal. Tenemos que recordar (quizás, inscribiéndonos esto en nuestra conciencia cada mañana) que los delitos estatales no son sólo el terror sin medida de los regímenes totalitarios o fascistas, Estados policíacos, dictaduras o juntas militares. Porque aún en el caso más extremo de estos regímenes, como la Alemania Nazi, el discurso de la legalidad es utilizado.⁵

Uno de los textos más claros y elocuentes para la comprensión de estos temas simbióticos de la responsabilidad y la criminalidad, es el juicio de 1985 en Argentina a los miembros de la ex-junta militar responsables de los asesinatos masivos, atrocidades y desapariciones de la "guerra sucia". Los reportes de este juicio (e.g. los de Amnistía Internacional) deben estar en todas las listas de lecturas de criminología.

Las razones por las que no hacemos estas conexiones son menos lógicas que epistemológicas. El discurso político de la atrocidad está, como mostraré pronto, diseñado para esconder su presencia del reconocimiento. Esto no es una cuestión de secrecía, en el sentido de falta de acceso a la información, sino de un desentendimiento para no confrontar información anómala o perturbadora. Tómese el ejemplo de la tortura. Todas las sociedades de tipo democrático, los franceses en Argelia,⁹ los británicos en Irlanda del Norte; los israelitas en los Territorios Ocupados¹⁰ pueden proclamar su adherencia a las convenciones internacionales y leyes internas en contra de la tortura. Esto les exige un discurso complejo de la negación, sobre si lo que ellos han estado haciendo constituye tortura. [Su respuesta es] No, esto fue algo diferente, "procedimientos especiales" o "presión física moderada". Algo sucedió pero no fue ilegal. En sociedades más totalitarias (sin controles, sin prensa libre, sin un sistema judicial independiente), la negación es más simple: se hace, pero se dice que no se hace. Nada pasó.

El vocabulario típico de la negación oficial gubernamental zigzaguea en su camino —a veces simultáneamente, a veces secuencialmente— por la fuerza de una espiral de negación. Primero se intenta el "eso no pasó". No hubo tal masacre, nadie fue torturado. Pero cuando los medios, los organismos de derechos humanos y las víctimas muestran que sí está pasando: aquí están las tumbas; tenemos las fotografías; vean los reportes de las autopsias. Entonces se tiene que decir que lo que sucedió no fue lo que parece ser, sino que fue algo realmente diferente: "un movimiento de población", "un daño colateral", "autodefensa". Y al final —el subtexto crucial— "lo que pasó, como haya sido, fue completamente justificado" (para proteger la seguridad nacional, como parte de la guerra en contra del terrorismo). En resumen:

"Eso no pasó aquí."

"Y si pasó, es algo diferente".

"Incluso, si eso es lo que usted dice que es, eso está justificado".

Enfrentados con esta espiral de negación, no se debe esperar que los criminólogos respondan de forma muy distinta a la de los ciudadanos ordinarios. En este punto, el debate es sólo un poco más complejo y dramático que las discusiones sobre si el delito de cuello blanco es en realidad un delito.

Digo más "dramático" porque estamos obligados a regresar no sólo a las preguntas acerca de qué es un negocio normal, sino a qué es el Estado normal. Tómese, por ejemplo, la cuestión de la jurisdicción y el castigo. Precisamente porque esperamos muy poco de las leyes locales e internacionales como sanciones en contra de los graves delitos estatales (en contra de nosotros mismos o de otros ciudadanos), rara vez ubicamos las violaciones a los derechos humanos en términos delictivos. Hablando sobre las limitaciones de la Convención de la ONU en contra del Genocidio y de la Carta de la ONU misma, el antropólogo Leo Kuper subraya con ironía singular que un supuesto no escrito del discurso internacional es que:

El Estado territorial soberano reclama, como una parte integral de su soberanía, el derecho de cometer genocidio o implementar masacres genocidas en contra de la gente bajo su norma, y que las Naciones Unidas para todos los propósitos prácticos, defienden este derecho.¹¹

Evidentemente, este es un territorio demasiado complejo —más complejo de lo que puedo acotar aquí— y es entendible por qué la criminología dominante es renuente a inmiscuirse demasiado en estos debates. La ausencia del tema en la criminología "realista de izquierda" es difícil de explicar. Después de todo, la base ontológica de la discusión es una filosofía realista que inicia con el daño, la victimización, la gravedad, el sufrimiento y la supuesta indiferencia a todo esto por el joven idealismo de izquierda de los 60.

Intentaré explorar algunas posibles explicaciones para esta falta de visión. En un primer nivel, separar el delito del Estado no es menos siniestro que el etnocentrismo occidental preocupado por sus propios intereses nacionales y por asegurar el total desenvolvimiento del capitalismo liberal. En un segundo nivel, más interesante, [el escaso debate sobre estos temas] proviene de la tendencia universal de ver sólo lo que es conveniente ver.

La cultura de la negación

Permítanme regresar ahora a mi tema sustancial la negación. ¿Cómo llegué a este tema?

Durante la década que he vivido en Israel, pero especialmente los pasados cinco años de la *Intifada* (el levantamiento de los palestinos en los Territorios Ocupados), he estado atribulado por la aparente ausencia de una reacción abierta (disentimiento,

crítica, protesta) justo en aquellos sectores de la sociedad israelita que uno esperaría fueran los que reaccionaran más. Teniendo enfrente información contundente de lo que está sucediendo —niveles crecientes de violencia y represión, golpizas, tortura, humillaciones cotidianas, castigos colectivos (toques de queda, demolición de casas, deportaciones), asesinatos del tipo escuadrones de la muerte por unidades encubiertas del ejército,— el nivel de vergüenza, ostracismo y protesta no es apropiado ni psicológica ni moralmente.

Por supuesto no existen escalas objetivas de lo que es "apropiado" psicológica y moralmente. Pero muchos observadores, dentro y fuera del país, han sentido que esta parte del público debe encontrar las cosas más perturbadoras y estar preparados para actuar de forma acorde.

Recuérdese que no me estoy refiriendo a esa contundente mayoría de la población que apoya estas medidas y que no objetaría, incluso, una represión aún más severa. Mi objeto de estudio es la minoría: la ilustrada, la educada clase media, simpatética a los mensajes de paz y co-existencia, primera en condenar las violaciones a los derechos humanos en cualquier otra parte del mundo.

Nótese que a diferencia de la mayoría de sociedades en donde ocurren graves violaciones a los derechos humanos, los hechos son tanto del conocimiento privado como público. Casi todos tienen un conocimiento personal directo, especialmente por el servicio en el ejército. Estos no son conscriptos o soldados mercenarios extraídos de las clases bajas; cada uno sirve (incluyendo los liberales de clase media) o tiene un esposo, hijo, sobrino o vecino en la reserva obligatoria. Existe una prensa relativamente abierta, de tono liberal, que regular y claramente expone lo que está sucediendo en los Territorios Ocupados. Nadie —al menos de todo el grupo que me interesa— puede decir aquellas terribles (aunque, como mostraré, complicadas) palabras de "yo no lo sabía".

Está más allá de mi objetivo discutir las razones específicas para la negación, pasividad o indiferencia en Israel. Estas son parte de una compleja historia política, de ser judío, de sionismo, de miedo e inseguridad. Menciono este caso sólo porque me permite hacer comparaciones, buscar similitudes y diferencias en otras sociedades. Retomo también mi experiencia de haber crecido dentro del Apartheid



a falta de escrúpulos en el mundo es un rasgo de la sociedad de la desconfianza en que vivimos. Ambos fomentan la agresividad interhumana hasta los estallidos de violencia colectiva, y amenazan por tanto la cohesión interna de la comunidad"

Irenäus Eibl-Eibesfeldt

en Sudáfrica. Más trágicamente, retomo los emblemáticos eventos de este siglo: los "textos" del holocausto acerca de los buenos alemanes que sabían qué estaba pasando; los abogados y médicos que se coludieron; la gente ordinaria que pasó por los campos de concentración todos los días y afirmó no saber qué estaba pasando; los políticos en Europa y América quienes no creyeron lo que se les dijo. De este primordial evento histórico, voy a los horrores contemporáneos descritos todos los días en los medios de comunicación masiva y documentados por los reportes de derechos humanos —sobre Bosnia, Perú, Guatemala, Birmania, Uganda—.

Todo ello —y la literatura científico-social relevante— me hacen volver a las varias versiones de la misma pregunta universal. Esta no es la famosa pregunta de Milgram de ¿cómo es que la gente ordinaria puede llegar a comportarse de formas terribles?, sino ¿cómo la gente ordinaria, incluso buenas personas, pueden no reaccionar apropiadamente al conocimiento de lo terrible? ¿Por qué, cuando se enfrentan al conocimiento del sufrimiento y el dolor de otros —particularmente del sufrimiento y dolor resultado de lo que son llamadas "violaciones a los derechos humanos"— esa "reacción" toma frecuentemente la forma de negación, evasión, pasividad, indiferencia, racionalización o colusión?

Me he referido ya al discurso estatal oficial: las negaciones absolutas ("eso no sucedió", "ellos están mintiendo", "los medios son tendenciosos", "la comunidad mundial sólo está molestándonos") y las justificaciones absolutas (disuasión, autodefensa, seguridad nacional, ideología, recopilación de información). Sin embargo, mi preocupación no es el actor sino (de vuelta, y en forma curiosa, ¡a la teoría de la etiquetación!) la audiencia. En el triángulo del sufrimiento humano tan familiar a los criminólogos

—la víctima, a quien las cosas son hechas; el perpetrador, quien es activamente el causante del sufrimiento; el observador quien ve y conoce— mi interés yace en esta tercera esquina: la audiencia, los observadores, los *bystanders*.¹²

Para mis propósitos aquí, quiero centrarme en un grupo específico de observadores —no aquellos cuya evasión deriva (hablando crudamente) de su *apoyo* a la acción. Puesto que si ellos no ven nada moralmente incorrecto o emocionalmente perturbador en lo que está pasando ¿Por qué deberían hacer algo? En este caso, su negación o pasividad es "fácil" de explicar. Mi interés está más en el subgrupo que está predispuesto ideológicamente a estar en contra de lo que está pasando, de ser perturbado por lo que ellos saben. ¿Cómo reaccionan ellos ante su conocimiento de lo terrible?

Antes de presentar algunas líneas de cuestionamiento dentro de este tema, permítanme hacer una distinción importante sobre lo que no tendré tiempo de profundizar. Al hablar sobre la negación de atrocidades o violaciones a los derechos humanos, existe un mundo de diferencia entre lo que es reaccionar ante las acciones del gobierno propio, y lo distinto que puede ser cuando éstas ocurren en un país distante. Por ejemplo, mi respuesta como australiano, ante las revelaciones de los periódicos sobre el tratamiento a los aborígenes en custodia, sigue caminos diferentes si mi respuesta se da sentado en Melbourne y leyendo un reporte de derechos humanos sobre los escuadrones de la muerte en El Salvador.

Primero, enlistaré algunos de los conjuntos de literatura más útiles que tratan —directamente, pero con frecuencia oblicuamente— con el fenómeno general de la negación. Después proporcionaré una clasificación preliminar de las formas más importantes de negación. Finalmente, plantearé unas cuantas preguntas que se han desprendido de mi trabajo de campo con organismos de derechos humanos. Por medio de entrevistas, análisis de publicaciones, anuncios con material educativo y evaluaciones de campañas, estoy tratando de entender ¿cómo los mensajes de derechos humanos son difundidos y recibidos?

Esta última parte del trabajo es un estudio en comunicación. El *emisor* es la comunidad internacional de derechos humanos (directamente o a través de los medios masivos). La audiencia son nuestros

verdaderos y metafóricos *bystanders*. El *mensaje* es algo parecido a esto (por citar un anuncio reciente de Amnistía Internacional en Gran Bretaña en 1991):

Brasil ha resuelto el problema de cómo sacar a los niños de la calle. Matándolos.

¿Qué conjunto de literatura puede ser de relevancia?

1. La psicología de la negación

El psicoanálisis ortodoxo ve la negación como un mecanismo de defensa para enfrentar la culpa y otras realidades psíquicas perturbadoras. Originalmente Freud distinguió entre la "represión" que se aplica a las defensas en contra de las necesidades instintivas internas y la "negación" (o lo que él llamó "disavowal") que aplica a las defensas en contra de los reclamos de la realidad externa.

Con pocas excepciones, la teoría psicoanalítica pura ha prestado mucha menos atención a la negación en este último sentido que en el de represión (no obstante véase Edelstein, 1989).¹³ Para estudios sobre la negación de información externa tenemos que recurrir a los campos del psicoanálisis más aplicados (o a sus extensiones). Esto provee un cúmulo de material útil. Está por ejemplo, la valiosa literatura sobre la negación del conocimiento acerca de enfermedades mortales (especialmente sobre cáncer y más recientemente sobre el SIDA) que afectan a uno o a un ser querido. Más familiar para los criminólogos, existe la literatura sobre violencia familiar y patología: maltrato conyugal, maltrato infantil, incesto, etc. El concepto de negación es típico para describir la reacción de la madre cuando descubre que su esposo ha estado abusando sexualmente de su hija durante muchos años: "no me percaté de nada". En este caso, el concepto implica que de hecho la madre "sabía" —¿Cómo no iba a saberlo?— pero que su conocimiento era demasiado inadmisible para confrontarlo.

El tema de la negación también ha sido tratado con y por la psicología cognitiva y la teoría de la información. Resulta de particular interés la "paradoja de la negación": con el fin de utilizar el término "negación" para describir la frase "Yo no lo sabía" de una persona, se tiene que asumir que él o ella supo o sabe sobre lo que él o ella afirman no saber (de lo contrario el término "negación" es inapropiado).

Psicólogos cognitivos han utilizado el lenguaje del procesamiento de información, la percepción selectiva, la filtración, el intervalo de atención, etc.,

para entender el fenómeno de cómo nos damos cuenta y simultáneamente cómo no nos damos cuenta.¹⁴ Algunos han argumentado que el fenómeno neurológico de la "ceguera" ofrece una posibilidad alarmante: que una parte de la mente sólo puede saber lo que está haciendo, mientras que la otra, la que supuestamente sabe, permanece inconsciente de esto.

Todos estamos familiarizados a partir de la psicología social básica, con la noción de la desviación cognitiva: de la asimilación de información que sólo concuerda con los marcos perceptuales. En el extremo, la información que es demasiado amenazante para ser asimilada, es bloqueada del todo. La mente de alguna forma conoce lo que está pasando pero interpone un filtro protector en el proceso, dirigiendo la información que amenaza hacia un lado. La información se registra dentro de una especie de "hoyo negro de la mente" —una zona ciega, de atención bloqueada y de auto-engaño—. De esta forma la atención es desviada de los hechos o de su significado. De ahí las "mentiras vitales" sostenidas por los miembros de la familia acerca de la violencia, el incesto, el abuso sexual, la infidelidad o la infelicidad. Las mentiras continúan sin ser reveladas, encubiertas por el silencio de la familia, la colusión, la excusa y las conspiraciones.¹⁵

Procesos similares han sido bien documentados fuera del laboratorio de psicología social y de los escenarios íntimos como el de la familia. La letanía por parte de los observadores de atrocidades, es también del todo predecible: "nosotros no vimos nada", "nadie nos dijo", "entonces se veía diferente".

Adicionalmente a las teorías psicoanalítica y cognitiva, existe también la tradición de la psicología filosófica, ocupada con preguntas acerca del auto-conocimiento y el auto-engaño. La noción sartreana de "la mala fe" es de particular interés porque implica —contrariamente a la teoría psicoanalítica— que la negación es en sí, consciente.

2. *Bystanders* y rescatistas

Otro conjunto de literatura más claramente relevante (y más familiar a los criminólogos) se deriva del enfoque victimológico sobre el *bystander*. El clásico "efecto *bystander*" se ha convertido en un cliché: cómo los testigos de un delito, de alguna forma se disasociarán a sí mismos de lo que está pasando y no ayudarán a la víctima. El prototipo, es el caso

famoso de Kitty Genovese. (Una noche en Nueva York en 1964, una mujer joven, Kitty Genovese, fue salvajemente agredida en la calle justo al llegar a su departamento. Su agresor la atacó durante un periodo de 40 minutos mientras ella se defendía, golpeaba y gritaba tratando de llegar a su departamento. Sus gritos y llamadas de auxilio fueron escuchadas por al menos 38 vecinos quienes, desde sus propias ventanas vieron u oyeron su lucha. Nadie intervino directamente o llamando a la policía. Eventualmente una patrulla llegó aunque demasiado tarde para salvar su vida).

Estudios sobre el efecto *bystander*¹⁶ sugieren que la intervención es menos probable que ocurra bajo estas tres condiciones:

1. Difusión de responsabilidad. Muchos de los otros están observando, ¿Por qué debería ser yo el que intervenga? Además de: "eso no me incumbe".
2. Incapacidad para identificarse con la víctima. Incluso si veo a alguien siendo víctima, no actuaré si no simpatizo o tengo empatía con su sufrimiento. Nosotros ayudamos a nuestra familia, amigos, nación, compañeros no a aquellos excluidos de nuestro universo moral (Journal of Social Issues, 1990). De hecho, aquellos que están fuera de nuestro universo moral pueden ser responsabilizados por su predicamento (la experiencia común de las mujeres víctimas de violencia sexual). Si la responsabilidad total se deja caer sobre el grupo político ajeno ("ellos nos provocaron", "ellos se lo buscaron"), esto releva a uno de su propia obligación de responder.
3. Incapacidad para concebir una intervención efectiva. Incluso si no se erigen barreras de negación, incluso si se siente un malestar moral genuino o psicológico ("me siento muy mal sobre lo que está pasando en Bosnia", "simplemente no puedo sacarme de la mente esas imágenes de Somalia"), esto no necesariamente resultará en una intervención. Los observadores no actuarán si no saben qué hacer, si se sienten impotentes y autolimitados ante ellos mismos, si no ven alguna retribución en ayudar, o porque temen al castigo si ayudan.

Estos procesos tienen una relevancia obvia para mi trabajo sobre violaciones a los derechos humanos. Existen *bystanders* inmediatos y literales: todas las masacres, desapariciones y atrocidades tienen sus testigos. Y hay también *bystanders* metafóricos;

recuérdese al lector viendo el anuncio de Amnistía sobre los niños de la calle siendo asesinados en Brasil o a los disidentes siendo torturados en Turquía: ¿En realidad ésto es mi problema? ¿Me puedo identificar con estas víctimas? ¿Qué puedo hacer después de todo?

El anverso del efecto *bystander* ha generado su propio y peculiar discurso. Tan interesantes son las bases sociales de la indiferencia, como las condiciones bajo las cuales la gente se entusiasma por participar con frecuencia, con un gran costo y riesgo personales. Sobre esto, existe una literatura vasta y de mucho nivel: estudios experimentales sobre la psicología social del altruismo y de la conducta pro-social; la sociología de la caridad y la filantropía; discusiones económicas y filosóficas del altruismo (notablemente los intentos de reconciliar el fenómeno de la teoría de la elección racional); estudios históricos de la ayuda, el salvamento, el altruismo o del Buen Samaritano. Lo más conocido de este tipo de trabajo trata sobre quienes ayudaron a los judíos en la Europa Nazi.¹⁷

3. Teoría de la Neutralización

Un terreno todavía más familiar para los criminólogos es el conjunto de literatura conocido como la teoría de las "explicaciones motivacionales" o del "vocabulario de motivos". La aplicación de esta teoría en el artículo "*Techniques of neutralization*" de Sykes y Matza,¹⁸ es un clásico criminológico.

Esta teoría asume que las explicaciones motivacionales que los actores (ofensores) ofrecen de su conducta (desviada), deben ser aceptables para su audiencia (o audiencias). Más aún, dichas explicaciones no son sólo improvisaciones postfacto, sino que son extraídas anticipadamente del repertorio cultural de los vocabularios disponibles para actores y observadores (y legitimados por los sistemas de legalidad y moralidad). Recuérdese la lista original de Sykes y Matza; cada técnica de neutralización es una forma de negación de la restricción moral de la ley y de la responsabilidad acreditada a la ofensa: negación del daño ("nadie salió herido"); negación de la víctima ("ellos empezaron"; "toda la culpa fue de ellos"); negación de la responsabilidad ("no quise hacerlo", "ellos me obligaron a hacerlo"); condenación de los condenadores ("ellos son igual de perversos") y la apelación a lealtades superiores (amigos, banda, familia, barrio).



Sin título

Sucede algo muy interesante si aplicamos esta lista, no a las técnicas de negación y neutralización de la delincuencia convencional, sino a las violaciones de derechos humanos y los delitos estatales. Para Sykes y Matza, el punto central era precisamente que los delinquentes no son "políticos" en el sentido implicado por la teoría subculturalista; esto es, ellos no están dedicados a alcanzar un sistema de valores alternativo, ni tampoco le restan legitimidad a los valores convencionales. La necesidad de neutralización verbal muestra precisamente el apego continuo a los valores convencionales.

Estas mismas técnicas de neutralización aparecen en el descarado discurso político de las violaciones a los derechos humanos ya sea en juicios políticos colectivos (obsérvense por ejemplo, los juicios de Nuremberg o el juicio a la Junta argentina); en las respuestas gubernamentales oficiales a los reportes de derechos humanos (un género que estoy estudiando); o en los debates en los medios sobre crímenes de guerra o abusos a los derechos humanos. Más adelante volveré a referirme a la "negación literal", ese primer giro de la espiral de la negación que identifiqué con anterioridad ("eso no pasó", "eso no puede pasar aquí", "todos ellos son

unos mentirosos"). La neutralización empieza a funcionar cuando se reconoce (admite) que algo pasó pero rechazando la clasificación que se les ha asignado a los actos ("delito" o "masacre") o presentándolos como moralmente justificados. Estas son las técnicas de neutralización originales, con ejemplos correspondientes a la esfera de las violaciones a los derechos humanos:

Negación del daño. "Ellos exageran", "ellos no lo estaban sintiendo", "ellos están acostumbrados a la violencia", "vean lo que se hacen unos a otros".

Negación de la víctima. "Ellos lo iniciaron", "vean lo que nos han estado haciendo a nosotros"; "ellos son los terroristas", "sólo nos estamos defendiendo a nosotros mismos", "nosotros somos las verdaderas víctimas".

Negación de la responsabilidad. Aquí en lugar de las versiones delictivas de la incapacidad psicológica o la responsabilidad disminuida ("no sabía lo que estaba haciendo". "Estaba ofuscado", etc.) encontramos una negación de la responsabilidad moral individual sobre la base de la obediencia: "sólo seguí órdenes", "sólo cumplía con mi deber", "sólo fui un engrane más en la máquina". (Para ofensores individuales como el soldado ordinario, este es el más evasivo y poderoso de todos los sistemas de negación).

Condena a los condenadores. Aquí, lo político está obviamente más explícito que en el contexto delincencial original. En lugar de condenar a la policía por ser corrupta y parcial o a los maestros por ser hipócritas, tenemos el vasto discurso de la negación oficial utilizado por el Estado moderno para proteger su imagen pública: "el mundo entero está molestándonos"; "ellos están utilizando estándares dobles para juzgarnos"; "esto es peor en cualquier otro lado" (Siria, Iraq, Guatemala o el lugar que sea más conveniente mencionar); "ellos nos condenan sólo por su antisemitismo" (la versión israelí), "por su hostilidad al Islam" (la versión árabe), "por su racismo e imperialismo cultural con el fin de imponer los valores occidentales" (todas las tiranías del Tercer Mundo).

Apelación a lealtades superiores. La original "ideología" conquistadora es hoy una completa y auto-correcta justificación. La apelación al ejército, la nación, la misión sagrada, la más alta causa —ya sea la revolución, "la historia", la pureza del Islam, el Sionismo, la defensa del mundo libre o la seguridad del Estado—. Tal y como lo demuestran los trágicos eventos de los últimos años, a pesar del fin de la

Guerra Fría, del fin de la historia y del derrumbe de las meta narrativas, no existe una escasez de "lealtades superiores" ya sean viejas o nuevas.

Recordemos las implicaciones de la teoría de las explicaciones para nuestro tema. En la acción del ofensor, está implícito el conocimiento de que ciertas explicaciones serán aceptadas. Los soldados ante un juicio, digamos, por haber matado a un manifestante pacífico, pueden esgrimir la justificación de "haber obedecido órdenes" puesto que esto les será reconocido por el sistema legal y por la mayoría del público. Este reconocimiento no es, por supuesto, un problema simple: ¿Las órdenes fueron claras? ¿El soldado sospechó que la orden era ilegal? ¿En qué parte de la cadena de mando se originó la orden? Estas y otras ambigüedades, enmascaran la sustancia legal, moral y política de los discursos de la negación.

No tengo tiempo aquí para aplicar cada uno de estos marcos teóricos (psicoanálisis, psicología cognitiva, la teoría del *bystander*, explicaciones motivacionales, etc.) a mi estudio de caso de las reacciones al conocimiento de violaciones a los derechos humanos y de los delitos estatales. (Evidentemente, existen también muchos otros campos relevantes: socialización y movilización políticas, análisis de los medios de comunicación, memoria colectiva). Sólo con el fin de ilustrar, permítanme enlistar algunas formas elementales de negación que estas teorías pueden esclarecer.

La negación del pasado

En el nivel individual, se encuentran los complejos mecanismos psíquicos que permiten hacernos "olvidar" información desagradable, amenazadora o terrible. Los recuerdos de lo que hemos hecho, visto o conocido son expulsados y filtrados.

En el nivel colectivo, se encuentran los intentos organizados de encubrir la lista de atrocidades pasadas. El ejemplo más dramático y exitoso de la era moderna son los 80 años de negación organizada del genocidio de 1915-1917 en contra de los armenios por parte de los sucesivos gobiernos turcos en el cual cerca de un millón y medio de personas perdió la vida.¹⁹ Esta negación ha sido sostenida deliberadamente por medio de propaganda, con mentiras y encubrimientos, falsificando documentos, con la destrucción de archivos y con el soborno de académicos. Occidente, especialmente los EU, se han coludido al no denunciar las masacres en la ONU,

ignorando ceremonias conmemorativas y al haber cedido ante la presión turca en la OTAN y otras arenas de cooperación estratégica.

El ejemplo menos exitoso, por supuesto, es la así llamada historia "revisionista" del holocausto de los judíos europeos, que descarta el evento como si se tratara de "un engaño" o un "mito".

En ambos niveles, nos podemos acercar al proceso de la negación a través de su opuesto: el intento de recuperar o encubrir el pasado. En el nivel individual, todo el procedimiento psicoanalítico es en sí mismo un fiero y apabullante ataque a la negación individual y al auto-engaño. En el nivel político, se encuentra el resquicio de la memoria colectiva, lo doloroso llegando a encontrarse con el pasado, la literal y metafórica excavación de tumbas cuando los regímenes cambian y tratan de exorcizar su historia.

La negación literal

Aquí nos adentramos al área gris trazada por el psicoanálisis y la teoría cognitiva ¿En qué sentido podemos decir que "sabemos" sobre algo respecto de lo que afirmamos no saber? Si omitimos algo de nuestro conocimiento, ¿Lo hacemos inconsciente o conscientemente? ¿Bajo qué condiciones (por ejemplo,



El cuidado del arcángel

sobresaturación de información o desensibilización) es dicha negación susceptible de tener lugar?

Existen muchas versiones diferentes de la negación literal, algunas que parecen ser completamente individuales, otras que están claramente estructuradas por los apabullantes recursos del Estado. "Nosotros no sabíamos", "nosotros no vimos nada", "no pudo haber pasado sin que nosotros lo supiéramos" (o "pudo haber pasado sin que nosotros lo supiéramos"). O bien: "cosas como eso no pueden pasar aquí", "gente como nosotros no hace cosas como estas". O bien: "usted no puede dar credibilidad a la fuente de su conocimiento: víctimas, simpatizantes, vigilantes de derechos humanos, periodistas, todos son tendenciosos, parciales o ignorantes".

Las ambigüedades psicológicas de la "negación literal" y sus implicaciones políticas, son ilustradas muy bien por la interpretación del psicoanalista John Steiner sobre el drama de Edipo.²⁰

La versión típica de la leyenda es una tragedia en la que Edipo es una víctima del destino que busca valerosamente la verdad. Al principio él no conoce la verdad (que él ha matado a su padre, que él ha tenido relaciones sexuales con su madre); al final la conoce. Esto es considerado como un paradigma del proceso terapéutico mismo: el paciente bajo análisis a quien, gradual y dolorosamente, los secretos del inconsciente le son revelados.

Paralelo a esta versión, Steiner señala cómo Sófocles también transmite un mensaje muy diferente al del drama original: el mensaje es que los personajes principales de la obra debieron haber estado advertidos de la identidad de Edipo, y debieron darse cuenta de que él había cometido parricidio e incesto. A lo largo del texto existe una ambigüedad deliberada sobre la naturaleza de esta advertencia, ¿Qué tanto sabían cada uno de los personajes? Cada uno de los participantes (incluido el propio Edipo) y especialmente los diversos oficiales de la corte, tuvieron razones diferentes (buenas) para negar su conocimiento, para "permitir" un encubrimiento. La historia de Edipo no es acerca del descubrimiento de la verdad, sino de la negación de la verdad —en un encubrimiento como el del Watergate o el de Irán-Contras. Queda la pregunta: ¿Cuánto "sabían" Nixon o Bush?—

La ambigüedad sobre qué tan consciente o inconsciente es nuestro conocimiento, qué tan advertidos estamos acerca de lo que decimos no estar

advertidos, es capturado muy bien por el título de Steiner "*Turning a Blind Eye*".²¹ Esto sugiere la posibilidad de que simultáneamente podemos saber y no saber. No estamos hablando acerca de la mentira simple o fraudulenta, donde los hechos son accesibles pero conducen a una conclusión que es evadida intencionalmente. Esto, por supuesto, es común en el encubrimiento organizado del gobierno: los cuerpos son enterrados, la evidencia es escondida, a los oficiales les son dadas instrucciones detalladas sobre cómo mentir. En lugar de ello, estamos hablando acerca de la situación más común en donde "apenas advertimos que nosotros escogemos no mirar a los hechos, sin ser conscientes de qué es lo que estamos evadiendo".²²

La negación implicatoria

Las formas de negación que conceptualizamos como excusas, justificaciones, racionalizaciones o neutralizaciones, no afirman que el evento no ha sucedido. Lo que ellas buscan es negociar o imponer una versión diferente de éste, de lo que aparenta ser el caso. En el nivel individual se sabe y admite lo que ha sido hecho, visto o escuchado. En el nivel organizado, el evento también es registrado pero es sometido a una reinterpretación cultural (por ejemplo, por medio de una terminología eufemística, técnica o legalista). El asunto es negar las implicaciones psicológicas y morales— de lo que es conocido. La estructura lingüística común es "sí, pero". "Sí, los detenidos están siendo torturados pero no existe otra forma de obtener la información". "Sí, las mujeres bosnias están siendo violadas", pero ¿Qué puede hacer un simple individuo a cientos de millas de ahí?

La "negación de la responsabilidad", como noté con anterioridad, es una de las formas más comunes de la negación implicatoria. La sociología de "los delitos de obediencia" ha recibido una gran atención, notablemente por Kelman y Hamilton.²³ La anatomía de la obediencia y el conformismo —el grado de temor por el cual la gente ordinaria está dispuesta a infligir graves daños psicológicos y físicos a otros— fue descubierta originalmente por el famoso experimento de Milgram. Kelman y Hamilton abrevan de la historia más que del laboratorio universitario: del caso famoso del Teniente Calley y la masacre de *My Lai* durante la guerra de Vietnam en mayo de 1968, cuando un pelotón de soldados norteamericanos masacraron a cerca de 400 civiles. A partir de este

caso y otros de “libre culpa” o masacres “permitidas”, ellos extraen un sólido conjunto de condiciones bajo las cuales los delitos de obediencia pueden ocurrir.

Autorización: cuando los actos son ordenados, promovidos o tácitamente aprobados por aquellos con una posición de autoridad, entonces los principios morales son remplazados por el deber de la obediencia.

Rutinización: el primer paso es con frecuencia difícil, pero una vez traspasada la primera barrera moral y psicológica, entonces la presión de continuar es poderosa. Usted se ve involucrado sin considerar las implicaciones; todo es parte del trabajo cotidiano. Esta tendencia es reforzada por vocabularios especiales y eufemismos (“golpe quirúrgico”) o un simple sentido de rutina. (Cuestionado sobre qué pensó que había hecho, Calley respondió con una de las frases más escalofrantes de todos los tiempos: “No fue la gran cosa”).

Deshumanización: cuando las cualidades del ser humano son aisladas de las otras, entonces los principios comunes de moralidad no se aplican. Los enemigos son descritos como animales, engendros, *gooks* o sub-humanos. Un lenguaje completo los excluye de ese universo moral compartido.

Las condiciones bajo las cuales los perpetradores actúan, pueden identificarse con las racionalizaciones del *bystander*, quien en primer lugar permite la acción y posteriormente niega sus implicaciones. Tal y como muestran Kelman y Hamilton en su análisis de sucesivas encuestas de opinión pública (en las cuales se le solicitó a la gente que imaginara cómo hubieran reaccionado ellos ante una situación como la de May Lai y que juzgaran a los perpetradores reales), la obediencia y la autorización son justificaciones poderosas. Y que tanto observadores como ofensores, están sujetos a una desensibilización (el bombardeo de historias de horror desde los medios llega a un punto tal, que ya no es posible asimilarlos, que ya no son más una “noticia”) y a una deshumanización.

Mi investigación sobre organismos de derechos humanos (nacionales e internacionales), es precisamente sobre sus esfuerzos por superar dichas barreras de negación. ¿Cuál es la diferencia entre trabajar en el país propio y tratar de estimular a una audiencia internacional en lugares distantes y diferentes? ¿Qué mensajes funcionan mejor para movilizar la acción pública (asistiendo a una manifestación, donando dinero o afiliándose a un organismo como Amnistía

Internacional)? ¿Enfocarse sobre un país funciona mejor que difundir un tema específico (como la tortura o la pena de muerte)? Y ¿cuáles países o cuáles temas? ¿Algunas técnicas para confrontar la negación –por ejemplo, induciendo culpa o presentando los horrores más vívidamente– son contraproducentes? ¿Existe competencia para el mensaje de los derechos humanos dentro de las mismas audiencias (por ejemplo, desde el movimiento ambientalista)?

Conclusión

En lugar de una conclusión, permítanme terminar con dos notas a pie de página. Una recoge –aventura diría yo– algunos temas meta teóricos, la otra, introduce un reducido optimismo en lo que de otra forma sería una historia desesperanzadora.

Meta teoría

Mencioné el extraño olvido de estos temas por los criminólogos neo-realistas, y sugerí que lo que está a discusión es su sentido de realidad. Pero “realidad” no es una palabra utilizada muy fácilmente hoy en día o si se utiliza, lo políticamente correcto es entre comillas. Este es el legado del postestructuralismo, el desconstruccionismo y el posmodernismo. Dentro de la teoría posmodernista, existen un gran número de tendencias que impactan –normalmente sin intención– en el discurso de los derechos humanos.

Primero, está la cuestión del relativismo moral. Esto es, la afirmación convencional – ahora supuesta y finalmente reivindicada – de que si no existe una base universal o fundacional de la moralidad (la muerte de las meta narrativas), entonces es imposible defender valores universales (como aquellos salvaguardados en los estándares de los derechos humanos). Como consecuencia, se desprende de la afirmación de que entonces dichos valores y estándares son occidentales, etnocéntricos, individualistas, ajenos e impuestos.

Hoy, independientemente de los acontecimientos históricos, este rechazo tiene implicaciones políticas novedosas. Ahora las tradicionales y viejas negaciones gubernamentales sobre la aplicabilidad de las normas internacionales de derechos humanos –“nosotros somos diferentes”, “nosotros enfrentamos problemas diferentes”, “el mundo no nos comprende”–, adquieren una nueva dignidad filosófica. Y aún más, los condenadores son condenados por ser etnocéntricos e imperialistas.

Un problema similar se deriva de la afirmación de que las luchas locales por los derechos humanos pierden su significado porque están basadas en los fundamentos universales y las narrativas rectoras, ahora tan ampliamente desacreditadas o desvanecidas. Una vez más, este es un debate complejo; me uno a quienes argumentan que ningún escepticismo deconstructivista debe contrarrestar la fuerza con la que defendemos estos valores. Ciertamente, para los occidentales progresistas una imagen bizarra es el verse a sí mismos, diciéndole a los activistas de derechos humanos del Tercer Mundo o de Europa del Este que su lucha, a final de cuentas, no tiene razón de ser.

Un segundo problema es traído por el proclamado fin de la historia. Esto es, el circunloquio actual del viejo juego del "fin de la ideología": el colapso del socialismo internacional finalmente demuestra el triunfo del capitalismo democrático occidental. Independientemente de la pobreza del asunto en sí mismo, éste puede tener poco sentido para aquellos que aún viven entre escuadrones de la muerte, hambruna, enfermedades y violencia. Para ellos, la historia no ha terminado. Incluso si una meta narrativa ha ganado, y no hay nada que dejar para "la historia" en el mundo industrializado, entonces ¿cómo reaccionará este mundo a lo que está sucediendo en otros lugares? ¿por qué —si no a causa del racismo, egoísmo, voracidad y el tipo de negación de la que hemos hablado— los vencedores no habrían de destinar más recursos para alcanzar estos valores en otros lados?

Un tercer tema postmodernista es directamente aún más relevante para mi interés aquí —y potencialmente aún más destructivo—. Este es el ataque a todas las formas de cuestionamiento racional que utilizan categorías positivistas de la realidad. El movimiento de derechos humanos puede sobrevivir sin valores absolutos o fundacionales. Pero no puede sobrevivir con una teoría que niega cualquier forma de conocimiento de lo que ha pasado realmente. Todos los que levantamos las pancartas anti-positivistas en los 60 somos responsables del circo epistemológico actual.

El 29 de marzo de 1991, poco después del cese de hostilidades en la Guerra del Golfo —justo cuando cientos yacían muertos y mutilados en Iraq, la infraestructura del país destruída deliberadamente por el salvaje bombardeo y los kurdos abandonados a

Historia de un viaje



sus suerte — el sumo sacerdote del postmodernismo, Jean Baudrillard, publicó un artículo titulado "La Guerra del Golfo no ha tenido lugar".²⁴ Este autor argumentó que, los "verdaderos beligerantes", son quienes se enriquecen con la ideología de la verdad de esta guerra.

El [Baudrillard] sólo estaba siendo consistente con un artículo que escribió pocos días antes de la guerra,²⁵ en el que predecía que ésta nunca iba a ocurrir. La guerra sólo existió como un invento de la simulación de los medios, como escenarios imaginarios que excedían todos los límites de la facticidad del mundo real. La guerra, Baudrillard declaró solemnemente, era estrictamente impensable excepto como un intercambio de amenazas, tan exorbitantes, que garantizaban que el evento no tendría lugar. El "asunto" ocurriría sólo en las mentes de la audiencia, como una extensión del cúmulo de imágenes de los video juegos que llenaron nuestras pantallas durante la larga preparación. Dependientes como éramos todos —tanto espectadores de horario estelar como generales— de

estas imágenes generadas por computadora, podríamos también abandonar todas las distinciones entre los eventos en pantalla y “la realidad”.

Dada esta “predicción”, era improbable que Baudrillard se hubiera equivocado, aún cuando la guerra hubiera estallado realmente. Así pues, la “guerra” –un significado a la deriva, falto de lenguaje referencial– no sucedió. Decir que él fue atrapado por los acontecimientos, sólo demostraría nuestra banalidad teórica, nuestra nostalgia por los viejos discursos decidores de verdades.

¿Qué puede uno concluir de todo esto? Para iniciar, retomo el trabajo de Christopher Norris,²⁶ quien ha dedicado un libro espléndido y polémico para combatir las tesis de Baudrillard sobre la Guerra del Golfo. Norris no es en ningún caso un crítico hostil o un “positivista” no regenerado. El es autor de estudios totalmente simpatéticos a Derridá y el desconstruccionismo; y concede que Baudrillard hace algunas anotaciones inteligentes sobre cómo la guerra fue presentada por sus manejadores y los medios: datos estadísticos incoherentes para crear un sentido ilusorio de descripción factual, las absurdas declaraciones sobre “blancos de precisión”, y “bombas inteligentes” para convencernos de que la destrucción masiva de vidas civiles no estaba pasando (negación literal) o eran accidentales (negación de responsabilidad).

Por otro lado, Norris está impresionado ante el absurdo a que los senderos de moda del postmodernismo han conducido. Lo que le inquieta es cómo estas ideas fueron tomadas tan seriamente, “al grado tal que Baudrillard puede exponer sus tesis absurdas sobre la Guerra del Golfo sin temor a quedar expuesto como un charlatán, considerando que dichas tesis fueron refutadas claramente por el curso de los acontecimientos del mundo real”.²⁷

Está más allá de mi enfoque y competencia considerar la explicación de Norris sobre cómo surgieron estas ideas y justo en qué momento perdieron su plausibilidad. El otorga particular importancia a la ascendencia inquisitiva de la teoría literaria como un paradigma útil a otras áreas de estudio. Existe el supuesto, endeble, de que cada texto involucra algún tipo de interés narrativo, y que por lo tanto no existe forma de distinguir entre el material factual, histórico o documental por un lado, y el material ficticio, imaginario o simulado por el

otro. Sin acceso posible a la verdad o registro histórico, estamos invitados, Norris señala, a vivir en un mundo de alaridos persuasivos sin cortapisas, en donde la retórica fluye sin descanso y donde nada podrá ser válido como argumento en contra de lo que los medios o los gobiernos quieran hacernos creer.

Esta redefinición de la historia encuentra ecos peligrosos, como Norris observa, entre los historiadores revisionistas de derecha del holocausto, “aquellos para quienes ésto viene claramente como buenas noticias: que los eventos pasados sólo pueden ser interpretados de acuerdo con los valores consensuados presentes, o las ideas de que lo que vale actual y contingentemente es todo lo bueno que corrobore las creencias”.²⁸ En el caso de eventos actuales, como la Guerra del Golfo, somos dejados sin recursos para tratar con las contradicciones evidentes entre la propaganda oficial y el testimonio personal (por ejemplo, sobre el bombardeo al refugio civil antiaéreo de Amiriyah). El culto que alcanzan estas ideas por algunos intelectuales, refleja, como Norris sugiere, su falta de compromiso para emitir algún juicio político, su cínica condescendencia hacia la guerra. Si la guerra fue tan irreal, completamente más allá de nuestra capacidad de juzgar como observadores informados, entonces no podemos hacer nada para cuestionar la visión oficial (patrocinada por los medios) de los hechos.

Mi interés al traer a colación este ejemplo es simple. Si el gobierno turco puede negar que el genocidio armenio sucedió; si los historiadores revisionistas y neo-nazis niegan que el holocausto tuvo lugar; si los Estados poderosos alrededor del mundo pueden hoy sistemáticamente negar las violaciones organizadas a los derechos humanos que están realizando, entonces sabemos que estamos en una muy mala posición. Pero estamos en una posición aún peor, cuando la *avant garde* intelectual inventa una nueva forma de negación, tan profunda, que gente reconocida –incluyendo a los progresistas– tendrán que debatir si la Guerra del Golfo en realidad tuvo lugar o no.

Reconocimiento

Prometí una segunda nota al pie más optimista. Esto no es para levantar el ánimo sino para ser honesto. La negación tiene sus opuestos. Lo que tiene que ser entendido son las condiciones bajo las

cuáles la negación no ocurre, en las que la verdad (aún cuando este concepto está desapareciendo en el hoyo negro postmoderno) es reconocida, no sólo en su existencia sino con sus implicaciones morales. Después de todo, en el experimento de Milgram algo así como el 30 por ciento de los sujetos (dependiendo de las condiciones) no presionaron el botón. En las encuestas de opinión pública de Kelman y Hamilton, otra vez un 30 por ciento, [declaró que] no obedecería órdenes de matar mujeres y niños inocentes. Aún en medio de los más grotescos delitos estatales, como el genocidio, existen extraordinarias historias de coraje, salvamento y resistencia. Los actos de altruismo, compasión y conductas pro-sociales están engarzadas dentro de la fábrica social. Por encima de todo, se encuentra el movimiento de derechos humanos en sí mismo, que durante las últimas tres décadas ha movilizó a un extraordinario número de personas en una conducta sin egoísmos para aliviar el sufrimiento de otros —ya sea proporcionando dinero, escribiendo a un prisionero de conciencia o uniéndose a una campaña—.

En mis entrevistas iniciales con organismos de derechos humanos, quedé sorprendido al palpar un

sentido de optimismo. Sí, existe alguna gente (conocida en el medio como "avestruces") que no quiere saber. Pero la mayoría de los organismos estaban convencidos de que su público potencial aún no había sido cubierto. Comenté a una de mis entrevistadas la noción cínica de la "fatiga por compasión" la gente está demasiado cansada para responder, ya no pueden seguir viendo imágenes de gente sin techo viviendo en las calles, de víctimas de SIDA, de niños muriendo de hambre en Somalia, de refugiados en Bosnia. Su respuesta fue que dicho concepto era una invención periodística, que lo que hay, es una "fatiga de medios".

Aquí es donde regresamos al estado de hiper-realidad al cual las teorías postmodernistas han expuesto demasiado bien. La pregunta está totalmente abierta: ¿dominará el tipo de manipulación y simulacro visto en la Guerra del Golfo, creando así una cultura de la negación? O bien ¿podemos concebir un canal de información que permita a la gente reconocer la realidad y actuar consecuentemente?

Esta puede parecer una pregunta pretenciosa para ser tomada en cuenta por nosotros, simples criminólogos, pero espero que se me permita escapar con ella. §



Sin título

Referencias bibliográficas

- 1 "¡Hey, hey LBJ! ¿Cuántos chicos has matado hoy?" [N. del traductor].
- 2 Schwendinger, H. and Schwendinger, J. (1970) 'Defenders of order or guardians of human rights', Issues in Criminology, 7: 72-81.
- 3 Karmen, A. (1990) Crime Victims: an introduction to Victimology. California: Brooks Cole.
- 4 Barak, G. (ed.) (1991) Crimes by the Capitalist State: an Introduction to State Criminality. Albany: State University of New York Press.
- 5 Von Hirsch, A. and Jareborg, N. (1991) 'Gauguin criminal harm: a living-standard analysis', Oxford Journal of Legal Studies, II (1): 1-38.
- 6 Aún cuando esta palabra se deriva del español, su significado en inglés tiene una connotación totalmente diferente a la de nuestro idioma: "Un miembro de un grupo auto-erigido para aplicar la ley pero sin autoridad legal". Vid. The Oxford Compact English Dictionary, 1996. [N. del Traductor].
- 7 Braithwaite, J. and Fisse, B. (1990) 'On the plausibility of corporate crime theory' in W. Laufer and F. Adler (eds), Advances in Criminological Theory, vol. II. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- 8 Muller, I. (1991) Hitler's Justice: the Courts of the Third Reich. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- 9 Maran, R. (1989) Torture: the Role of Ideology in the French-Algerian War. New York: Praeger.
- 10 Cohen, S. (1991) 'Talking about torture in Israel', Tikkun, 6(6): 22-30, 89-90.
- 11 Kuper, L. (1981) Genocide. Harmondsworth: Penguin Books.
- 12 Aun cuando la palabra "testigo" podría ser un traducción aceptable de "bystander", se prefirió dejar el vocablo original dadas las implicaciones teóricas que dicho concepto tiene. El significado de la palabra *bystander* según el Oxford Dictionary es la siguiente: "Una persona que está presente pero que no toma parte". [N. del traductor].
- 13 Edelstein, E. L. et al. (eds) (1989) Denial: a Clarification of Concepts and Research. New York: Plenum Press.
- 14 Goleman, D. (1985) Vital Lies, Simple Truths: On the Psychology of Self Deception. New York: Simon and Schuster.
- 15 Ibidem Goleman, 1985.
- 16 Sheleff, L. (1978) The Bystander, Lexington, MA.
- 17 Oliner, S. and Oliner, P. (1988) The Altruistic Personality: Rescuers of Jews in Nazi Europe. New York: Free Press.
- 18 Sykes, G. and Matza, D. (1957) 'Techniques of neutralization: a theory of delinquency', American Sociology Review, 22: 664-70.
- 19 Hovanissian, R.G. (ed) (1986) The Armenian Genocide in Perspective. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- 20 Steiner, J. (1985) 'Turning a blind eye: the cover up for Oedipus', International Review of Psycho-Analysis, 12: 161-72.
- 21 La expresión "turning a blind eye" puede traducirse como la acción deliberada de no querer ver un hecho o un acontecimiento. Para el lector mexicano una expresión equivalente sería la de "Haciéndose de la vista gorda". [N. del traductor].
- 22 Ibidem Steiner, 1985, p. 6.
- 23 Kelman, H.C. and Hamilton V.L. (1989) Crimes of Obedience. New Haven, CT: Yale University Press.
- 24 Baudrillard, J. (1991b) 'La Guerre du Golfe n'pas eu lieu', Libération, 29 March.
- 25 Baudrillard, J. (1991a) 'The Reality Gulf', Guardian, 11 January.
- 26 Norris, C. (1992) Uncritical Theory: Postmodernism, Intellectuals and the Gulf War. London: Lawrence and Wishart.
- 27 Ibidem Norris, 1992, p. 17.
- 28 Ibidem Norris, 1992, p. 21.

Traducción de Mario Arroyo Juárez, profesor de la ENTS. Título original: "Human Rights and crimes of the state: the culture of denial", publicado en el Australian and New Zealand Journal of Criminology, 1993, 26(2): 97-115. Este artículo fue reproducido con la autorización del autor.

** Stanley Cohen es profesor emérito de la London School of Economics and Political Science. Ha publicado una decena de libros y más de sesenta artículos sobre sociología de la desviación, control social, criminología y derechos humanos. Su libro más reciente La sociología de la negación, está próximo a publicarse por Polity Press en el Reino Unido.*



Carrusel barroco